

4. = 3416

FRI

109

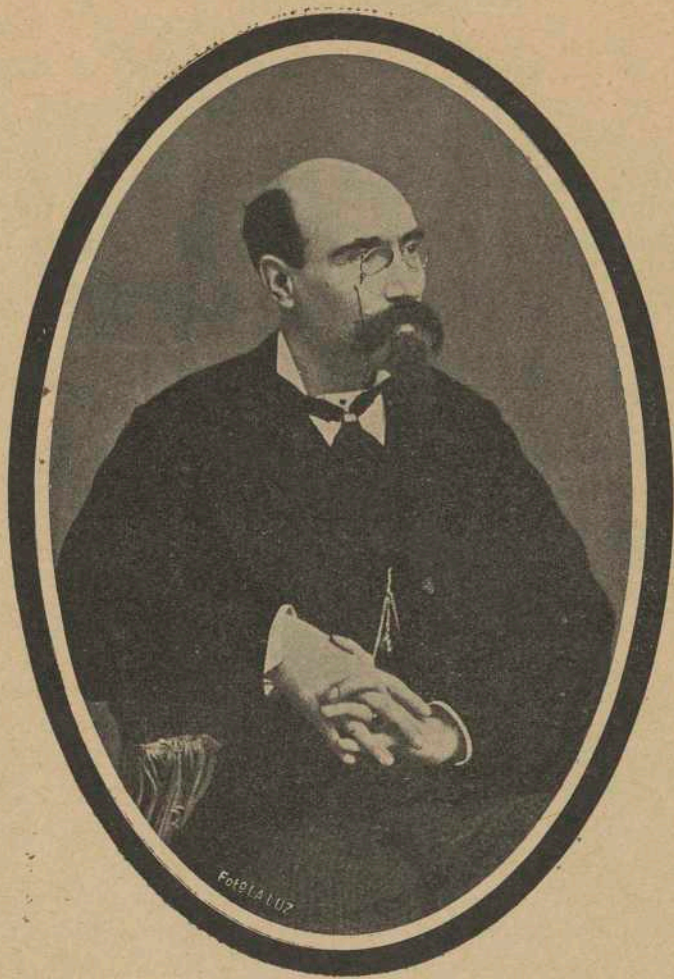
Echegaray



FOR

Zoel G. de Galdeano

NO SE PRESTA



D. JOSÉ ECHEGARAY, EN 1875

† 14 Septiembre de 1916.

T. 68735

Donativo de S. Anjo Salvador
6 de Abril 1917

C. 200. 116

R
16110

ECHEGARAY

Dificilísimo es avalorar el mérito del genio.

El genio en la humanidad tiene las más diversas manifestaciones en las artes, en la ciencia y en la vida de la sociedad.

El genio es un punto de vista general que se pierde más allá de nuestras previsiones y de nuestros cálculos y aparece lo mismo en los tonos con que el pintor traduce en el lienzo las manifestaciones de la Naturaleza y de las pasiones y todo orden de sentimientos humanos, que en los recónditos secretos de la Ciencia, que en la victoria final dentro de la región de las luchas humanas. Y por esto el genio tiene las más variadas representaciones en la vida, en toda época y en toda finalidad posible.

Al lado de las manifestaciones del arte, en poesía, música y pintura, figura el científico y el estadista. Cada rama de la intelectualidad humana tiene una parte compleja por desentrañar que exige potente esfuerzo. Y sólo muy contados humanos tienen en sí concentrado ese poder que, expansionándose, produce efectos que nos asombran y no dan lugar a la reflexión tardía para aquilatar lo que no puede apreciarse.

Los grandes matemáticos han llenado el mundo de las ideas por una superabundancia de producción ilimitada, extendida en todos los sentidos, abarcando lo mismo la región del número que la de las formas geométricas, que la de las fuerzas y energías de la Naturaleza, que la región de los átomos y de los astros.

Los grandes estadistas, del fondo insondable de las pasiones, de las finalidades, de las luchas humanas y de la realidad del medio ambiente, han sabido dirigir la vida general hacia el bienestar, el progreso y el orden moral.

Por esto se ve cuán difícil es llegar a la cumbre, desde

R. 79.834

este fondo de negrura en que la idea, en la Ciencia y la acción en la Vida se hallan sumergidas hasta que algún poder suficientemente intensivo las eleva y distingue, haciendo brotar la luz que ilumina de tiempo en tiempo las épocas de la vida humana.

Hay que ver, para juzgar a Echegaray, su modo de presentarse en la vida de nuestra España, siempre turbada por luchas intestinas, cuando no por luchas exteriores que han amenguado constantemente las energías patrias.

Echegaray en matemáticas, no fué un Cauchy ni un Riemann, ni como estadista un Bismarck o un Metternich, ni como poeta tal vez un Petrarca o Dante o un Lope de Vega; pero aquéllos arriba citados respiraron un ambiente ya purificado por las corrientes ideales de ilustres predecesores. Un Cauchy tuvo por predecesores un Lagrange y un Laplace, como un Petrarca o un Calderón lo tuvieron en un Virgilio o en el bullicioso Aristófanes, en los trágicos griegos, desde el tenebroso Esquilo hasta el adusto Sófocles, y los actuales físicos y químicos los tuvieron, desde Pascal y Newton hasta Davy, Cavendish, Gay-Lussac y otros muchos eminentes guías, sobre cuyos resultados pudieron hacer progresar la Ciencia.

Peró cuando Echegaray apareció como alumno brillante, excepcional y sin rival alguno en la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, apenas en España se había constituido la segunda enseñanza bajo la ley de Moyano, ni la Real Academia de Ciencias, que por entonces se hallaba en estado embrionario, cuando ya las otras Reales Academias de San Petersburgo, de Berlín, de París y de Londres estaban plétóricas de los trabajos de Euler, de Gauss, de Lagrange, de Laplace y de otros muchos talentos.

Echegaray llegó a un desierto azotado por el simoun de las luchas civiles, cuando el edificio nacional se hallaba en estado de equilibrio inestable, flotando bajo los más encontrados impulsos. Y desde este momento entró en la lucha por la vida, aromatizada no obstante por una invencible aspiración a los purísimos ideales de la Ciencia,

como infatigable obrero que se propone roturar campos estériles, a fin de obtener con labor pertinaz, abundantes y sabrosos frutos.

Por un lado, al aparecer por vez primera en el período de las Constituyentes que señalaba una profunda conmoción en nuestra existencia nacional, pudo figurar ya, desde su primera brillante improvisación en el Congreso de Diputados, entre los primeros de aquella incomparable pléyade de talentos nacionales, sucesores de los Antonio María López y su émulo Donoso Cortés, el poético Martínez de la Rosa, el batallador González Bravo, que fueron los Cánovas del Castillo, Castelar, Martos, Manterola, Monescillo, Moyano, Nocedal, Olózaga, Pi y Margall, Pidal y Mon, Ríos Rosas, Romero Robledo, Salmerón, Ayala, Alonso Martínez y otros muchos egregios varones, honra de la intelectualidad española; y por esto, en su larga vida ha ocupado los más elevados puestos de la política y de la administración, desde ministro hasta gobernador del Banco de España, en cuyas varias parcelas distribuía la multiplicidad de sus encontrados talentos.

Pero en alas de su poderoso genio, no le bastaron ya estas ardorosas refriegas de la vida pública, sino que aun quiso sondear el abismo de las pasiones humanas, dedicando su universal talento al teatro, consiguiendo adueñarse del público nacional, con transcendencia al extranjero, durante treinta años en que dominó como dueño absoluto de la escena, a pesar de ese lastre perpetuo que mina lentamente los más enérgicos impulsos y persiste en todas las evoluciones de nuestro modo de ser. Y el premio Nobel fué uno de los blasones de su gloria que resume el veredicto de sus contemporáneos.

Otra de las varias facetas y de las más brillantes, es la que a las ciencias exactas y físico-químicas se refiere, en la vida de este talento universal, personificación de todo el siglo XIX en España, que con él se despidió para siempre de nosotros, cerrando aquel ciclo glorioso de estadistas, oradores insuperables y poetas.

Repito, Echegaray no fué un Cauchy o un Riemann,

¡hubiera tan sólo dedicado su preclaro talento a la Matemática pura y ciertamente lo habría sido!

Peró era preciso desbrozar el terreno y lanzar en él, después de roturado, abundante y fecunda semilla.

Para esto, Echegaray tenía un talento insuperable. Su talento vulgarizador ha llegado a los más recónditos antros de las inteligencias incultas. Su orgullo y su tenacidad tendían a este noble fin. Todos, con encanto, hemos leído sus preciosos artículos sobre Física, que constituyen ejercicios sugestivos *a la vista* que dilataban el campo de nuestra imaginación, subyugada por los esplendores de la Ciencia y aun a la Química llevó sus lucubraciones matemáticas, dejando en ellas los resplandores de su talento original.

Citaremos entre las múltiples producciones de su fecunda pluma, la locomotora eléctrica, la tracción eléctrica, las energías del radium, la navegación aérea, las experiencias de Santos Dumont, los inventos del Sr. Torres de Quevedo, la fotografía del sonido, la locomotora, el transporte de la fuerza, las unidades eléctricas, el acetileno, las imágenes eléctricas, la fuerza del sol, la fabricación del diamante, el barón de Cauchy, el Newton del Norte (Abel), las fotografías de los colores, los explosivos como fuerzas motrices, el transporte eléctrico de las fotografías, las fuerzas muertas y las fuerzas vivas, la telegrafía óptica, las manchas del sol y la meteorología, la dínamo, los tranvías eléctricos, los rayos X, la fuerza de las mareas, el kinetoscopio, el espacio de muchas dimensiones, cuestiones entresacadas de las muchas que constituyen su vasto repertorio de su literatura científica, publicado bajo el título comprensivo de *Ciencia popular*, que contrapuesto a los títulos de su teatro dramático, constituyen los dos polos opuestos de la mentalidad española en que de continuo ejercitó su flexibilísimo talento.

Y aun, avanzando un poco hacia las regiones de lo abstracto ¡quién no lee con especial encanto sus problemas de Geometría elemental en los que nos hace ver cómo las ideas se enlazan por sencillas sustituciones de equivalencia que

nos permite ver con luz meridiana todos los eslabones conducentes a la resolución de cada problema!

En cuanto a la variedad de los asuntos, hay que admirar cómo recorría los más diversos y remotos campos: El telequino, la telegrafía sin hilos, la navegación submarina, las máquinas eléctricas, las solares, etc., todo enaltecido por la magia de su estilo.

Respecto a la intensión de su labor, bastará decir que durante su larga vida fué el mantenedor asiduo de la *Revista de la Real Academia de Ciencias de Madrid*, empleando además su jamás atenuada energía en la contestación a no pocos de los recipiendarios.

Aparte de sus numerosos trabajos en la *Revista de la Marina de la Habana*, de que fué asiduo colaborador, y otras varias en la que distribuía lo excedente de su exuberante fecundidad, de trabajos aislados como uno acerca de la *Termodinámica*, otro acerca de los *determinantes*, de sus conferencias sobre las funciones elípticas, sus dos tomos acerca de las ecuaciones de Galois; no se publicó un tomo de la Real Academia de Ciencias, sin contener algún trabajo principalmente acerca de la Mecánica, cuya especialidad conocía cual nadie, como ilustre ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, y sobre todo acerca de la Física matemática, que constituía sus amores científicos, de la cual había ya publicado varios tomos y prometiéndose publicar otros muchos, como testimonio de una actividad que sólo ha podido truncar el frío de la muerte.

Sea el nombre de Echegaray bandera, emblema y estímulo permanente de la juventud que hoy aspira con su labor y entusiasmo al engrandecimiento de la Patria.

Zaragoza 17 Septiembre 1916.



R
16110

TIP. CASAÑAL
1916
ZARAGOZA